

(189)

CAPITULO XXII.

---

Asalto del castillo de Chapultepec—Combates en las garitas—Junta de guerra en la Ciudadela.

---

En el capítulo anterior dejamos á las tropas mexicanas que escaparon de la muerte en la accion del Molino del Rey, colocadas ya bajo el abrigo de los fuegos de Chapultepec, y á los enemigos posesionados del campo de batalla.—Esta situacion duró poco tiempo.—Los americanos recogieron sus heridos y enterraron sus muertos, permaneciendo, entre tanto duraba esta operacion, acampadas una parte de sus fuerzas en las lomas inmediatas, en una actitud amenazadora. Al fin volvieron á entrar en sus cuarteles de Tacubaya.

En concepto de muchos de los gefes enemigos, la accion del Molino del Rey fué una de las mas costosas é inútiles para el plan y objeto de los invasores, pues perdieron, como se ha visto, cerca de ochocientos hombres y sus mejores oficiales, sin haber encontrado esa cantidad inmensa de materiales de guerra, que ellos creian encerrados en los edificios, y que tambien suponian ser un recurso inagotable para la defensa de la capital.—Los generales Scott y Worth, despues de la batalla tuvieron, una agria desavenencia, que mas tarde ocasionó que el primero privara del mando á Worth, y éste lo acusara al gobierno de los Estados-Unidos.

Mas cualquiera que fuese el éxito de tal suceso con relacion al enemigo, no cabe la menor duda que para nosotros fué una gran desgracia. La muerte del coronel Balderas y las balas del combate destruyeron casi totalmente á uno de los mejores y mas valientes cuerpos de Guardia Nacional: una de las piezas de grueso calibre de Chapultepec se reventó. La batería de campaña se perdió, en union de alguna cantidad de parque; las posiciones, una vez destruidas, no podian servir para una segunda defensa, y la moral, dígase lo que se quiera, padeció mucho, pues casi toda la poblacion se convenció de que esa formidable masa de cuatro mil caballos de poco ó nada serviría, si no era dirigida por gefes espertos y que supieran aprovechar la buena disposicion y entusiasmo de los soldados.

Todas estas circunstancias, cuando hay abundancia de dinero, repuestos de artillería y municiones, gefes experimentados y valientes á quienes emplear, casi son insignificantes; pero cuando todo es limitado y ademas el enemigo está encima, no puede ménos sino de influir poderosamente en el resultado de las subsecuentes operaciones. Con todo, creemos que en este punto, y conociendo nosotros mejor la posicion en que nos hallábamos, los americanos creian bien, es decir, que el apoderarse de unas cuantas piezas de artillería y de unas posiciones que no podian sostenerse, no valia la pena de perder ochocientos hombres, teniendo forzosa necesidad en seguida de retirarse á sus cuarteles. Esta indicacion la hacemos, porque pasado algun tiempo podrá servir para que científicamente se escriba la crítica de las operaciones de esta guerra; crítica que no dejará de colocar al general Scott en el rango de un muy mediano capitán, y de analizar los pomposos partes de los gefes enemigos, que refieren con mucha seriedad, que mil soldados americanos han vencido en la mayor parte de las batallas á seis ó siete mil mexicanos.—En este punto nosotros hemos querido conservar una severa imparcialidad, mortificando en la mayor parte de las ocasiones nuestro amor propio nacional.

Luego que, como hemos espresado, los enemigos se retiraron de nuevo á sus cuarteles de Tacubaya, se hizo por nuestras fuerzas un reconocimiento del campo, y se volvieron á ocupar momentáneamente las posiciones, sin intencion alguna de volverlas á fortificar y defender.



El lector, que se ha enterado de los hechos que hemos procurado poner delante de sus ojos de la mejor manera posible, se asombrará al saber que el general Santa-Anna publicó una proclama, asentando que se habia obtenido un triunfo completo sobre los enemigos, y que él en persona habia conducido al combate á las tropas de la República.—Estas proclamas, acompañadas de comunicaciones análogas del ministerio, se enviaron por extraordinarios violentos en todas direcciones, de modo que las autoridades de toda la nacion creyeron, y acaso creerán muchos hasta hoy, que se obtuvo una victoria en el Molino del Rey. La verdad histórica nos pone en el preciso deber de destruir estas ilusiones, si es que todavía existen. Para solemnizar la victoria que el gobierno decia haberse alcanzado sobre los enemigos en el Molino, se repicaron las campanas de todas las iglesias, y se tocaron dianas en los cuarteles.

No podemos decir hasta qué punto sea conveniente y provechoso para conservar la moral de las poblaciones y de la tropa, el ocultar los desastres de la guerra ó hacerlos pasar como triunfos. En aquellas circunstancias todo el mundo guardó silencio en lo público; pero todo el mundo tambien, hablando en el sentido figurado, á pesar del pleno conocimiento que habia del honroso, y puede decirse, brillante comportamiento de la infantería, presintió los desastres que seguirian muy brevemente, y calculó, que una vez perdido Chapultepec, la ciudad seria presa de los triunfantes enemigos.

En cuanto al general Santa-Anna, aunque procuraba forjarse ilusiones, juzgamos que pesaba á ocasiones lo difícil de la situacion, y preveia que tendria que sostener nuevos combates con un enemigo afortunado y tenaz en sus determinaciones.—En efecto, al punto á que habian llegado las cosas, el general Scott no debia, ni podia hacer otra cosa, mas que duplicar sus esfuerzos. No tenia mas que dos extremos—ó un triunfo completo ó una retirada á Puebla. Esto último habria sido peor que una derrota. La caballería, las guerrillas, la infantería disponible en México, que era todavía respetable, se habrian lanzado á su persecucion, y en pocos dias su papel de sitiador y de ofensor lo habria cambiado por el de un general sitiado, obligado á mantenerse á la defensiva. Las cosas, como pronto veremos, se dispusieron sin duda por un designio de la Providencia, en contra de la causa de México.

En los dias que transcurrieron desde la batalla del Molino del Rey hasta el 11, nada ocurrió de notable, y los enemigos no hicieron demostracion alguna sobre Chapultepec, tanto que llegó á creerse por nuestros militares, que se habia cambiado por el general Scott la base de operaciones, y que los ataques serian dirigidos á otras garitas, indudablemente mas débiles.

El general Santa-Anna en esos dias continuó residiendo en Palacio. Se levantaba á las cuatro de la mañana, montaba á caballo y recorria las garitas y puntos fortificados, ocupándose de multitud de pormenores que lo distraian tal vez de formar un plan general y bien combinado para obtener un triunfo.

Despues del suceso del Molino del Rey, se hizo mas sensible la necesidad del gran número de tropa y suficiente artillería para defender una ciudad tan estensa como México. Nuestras fuerzas diseminadas en las garitas y fortificaciones, y sin la dotacion necesaria de artillería, estaban reducidas á fracciones poco numerosas, obligadas á resistir los fuegos de diez, doce y quince piezas de artillería, y los ataques de gruesas columnas de infantería enemiga, que podia ser reforzada por las tropas de reserva. En suma, los enemigos estaban en posicion de ser mas fuertes en el punto que eligieran, y de superarnos en número, miéntas nosotros, para oponer igual ó mayor número de fuerzas en un ataque, era necesario dejar abandonados otros puntos, que podian ser sorprendidos fácilmente. El general Santa-Anna tenia tan pleno conocimiento de esto, que en una ocasion que escuchó un tiro en Palacio, montó precipitadamente en el caballo de un dragon, y sin esperar á sus ayudantes, partió á la garita de San Antonio.

Darémos una idea de la situacion que tenian los enemigos al rededor de la ciudad ántes del ataque de Chapultepec, y de la posicion que dentro de ella guardaban nuestras tropas.

El cuartel general estaba situado en Tacubaya. El general Scott residia en el palacio del arzobispo. La brigada del general Worth estaba acuartelada en las casas del pueblo.

Las divisiones de los generales Pillow y Quitman se hallaban acantonadas en Coyoacan.



El depósito general de carros, municiones y artillería se hallaba en Mixcoac.

La retaguardia y reserva, compuestas de las brigadas de los generales Smith y Twiggs, se hallaban en San Angel.

Del 9 al 11 hicieron los movimientos siguientes: Las divisiones reunidas de Pillow y Quitman se movieron silenciosamente en la noche del 11 á Tacubaya.

Delante de las garitas orientales de la ciudad, es decir, San Antonio, la Candelaria y el Niño Perdido, quedaron fuertes destacamentos de infantería y caballería, y una batería de doce piezas de cañón; una mitad de ellas ligeras, y otra de artillería de batir.

El coronel Harney, comandante de la caballería, con una parte de ella se hizo cargo del depósito y prisioneros que estaban en Mixcoac.

Otra fracción de la caballería cuidaba el flanco y retaguardia americana.

En la noche del 11 establecieron cuatro baterías para batir el castillo: la primera, compuesta de dos piezas de á 16 y un obus de ocho pulgadas, fué colocada en la Hacienda de la Condesa, para batir el lado Sur del castillo, y defender la calzada que va de Chapultepec á Tacubaya.

La segunda, compuesta de una pieza de á 24 y un obus de ocho pulgadas, fué situada en el punto mas dominante de las lomas del Rey, y frente al ángulo Sud-Este del castillo.

La tercera, compuesta de un cañón de á 16 y un obus de ocho pulgadas, fué situada cosa de trescientas varas al Nord-Este de los edificios del Molino.

La cuarta, que solo era un mortero de diez pulgadas, se colocó dentro de uno de los molinos, perfectamente abrigado y oculto con una alta pared del acueducto.—Finalmente, se preparaban á batir el castillo, cuatro piezas de grueso calibre, cuatro obuses y un mortero.

El dia 12 á las tres de la tarde, la brigada del general Pillow se movió de Tacubaya á las lomas del Rey, y ocupó los edificios de los molinos.

Con muy leves diferencias, éstas eran las posiciones generales del enemigo.—Sus fuerzas de todas armas llegarían á ocho mil hombres con numerosa y bien servida artillería, aumentada considerablemen-

te con las piezas perdidas por nosotros en las anteriores batallas.

Demos una ojeada ahora á la ciudad que iba á ser asaltada.

Por el bando publicado en 29 de Julio, se prevenia que en el momento que se tocara alarma, cada uno de los regidores se dirigiera á su cuartel respectivo para que ordenadamente atendiera á cualquiera de los casos que podian ofrecerse. Los regidores, pues, ocuparon sus posiciones, y D. Manuel Reyes Veramendi, alcalde primero, quedó en las Casas Consistoriales, recibiendo todas las órdenes del general en jefe. Las fortificaciones de las garitas amagadas se reforzaron cuanto fué dable, trabajándose incesantemente en ellas, para lo cual se presentaron multitud de paisanos, acudiendo otros á ser espectadores de los trabajos y de las operaciones militares. La justicia nos obliga á decir, que la mayor parte de los capitulares obraron con mucha actividad y patriotismo, y que el Sr. Reyes Veramendi fué incansable en cumplir los delicados deberes de que estaba encargado como alcalde primero.

Por lo demas, el aspecto de la ciudad, y salvo el paso y movimiento frecuente que hacian las tropas por las calles, era verdaderamente triste y aterrador.—La emigracion de multitud de familias desde el principio de las hostilidades del enemigo en el valle de México, habian quitado á la capital ese movimiento y vida que se observa en épocas comunes; circunstancia que se aumentaba con el encierro á que estaban reducidas otras personas, ó demasiado egoistas, ó por demas pusilánimes.

Difícil nos seria dar cuenta exacta de los diversos y multiplicados movimientos que ejecutaron las tropas de unos puntos á otros por orden del general Santa-Anna. Sin embargo, procuraremos dar al lector una idea aproximada del estado que guardaban nuestros puntos de defensa, una vez que igual cosa hemos hecho respecto del enemigo.

Hablarémos en primer lugar de Chapultepec, la llave de México, como entónces se decia vulgarmente, y cuyos recuerdos y tradiciones la hacian doblemente importante para el enemigo, ademas de los proyectos militares que habia concebido.

En el exterior habia las siguientes obras de fortificacion:—Un hornabeque en el camino que va á Tacubaya.—Un parapeto en la puerta de la entrada.—En la cerca que rodea el bosque al lado del Sur,



se construyó una flecha y se abrió un foso de ocho varas de ancho y tres de profundidad.—Este foso debería haber rodeado todo el bosque; pero no hubo tiempo para concluir la obra.

En lo interior había las siguientes fortificaciones, incompletas muchas de ellas.—En el perímetro del jardín botánico, una banqueta apoyada en la pared que servía de parapeto.—Cosa de doscientas cincuenta varas de un andamio que debería rodear la cerca del bosque, y proporcionar que á cubierto pudiesen hacer fuego los soldados.—Una flecha al Sur enfilando la entrada.—Otra flecha al Oeste, y la última en la glorieta al pié del cerro. Además, por el punto donde se suponía debería pasar el enemigo, se hicieron seis fogatas, de las cuales solo tres se cargaron.

En la primera escala plana, hácia el Sur, se construyó un parapeto, y otro en la glorieta entre las dos rampas.

Subiendo el edificio, se encontraba guarnecido con blindages en la parte llamada de los dormitorios, y rodeado de sacos á tierra el perímetro del mismo edificio.

La artillería que defendía estas fortificaciones, era—dos piezas de á 24—una de á 8—tres de campaña de á 4—y un obus de á 68—en todo siete piezas.

El gefe del castillo era el general D. Nicolas Bravo, y su segundo el general D. Mariano Monterde.

El gefe de la seccion de ingenieros que había trabajado con un teson infatigable, era D. Juan Cano; el comandante de artillería, D. Manuel Gamboa.—Fueron tambien enviados á la fortaleza despues, los generales Noriega, Dosamantes y Perez.

La tropa que había el 12, eran cosa de doscientos hombres al pié del cerro, destribuidos en grupos, y arriba los alumnos del colegio militar y algunas fuerzas mas, que en todo no llegarían á ochocientos hombres.

Aunque en lo que hemos asentado pueda haber alguna pequeña diferencia, en conjunto se notará por el simple relato de los hechos, que si Chapultepec no era un punto insignificante, tampoco debía juzgarse como inespugnable, y mucho ménos teniendo que resistir á las formidables baterías enemigas que hemos indicado.

En nuestro juicio, se cometió un grave error en no fijar la atencion

en las fortificaciones del bosque y del pié del cerro, y decidirse á ese género de defensa, pues el edificio no era capaz de resistir un bombardeo de dos ó tres días.

Las garitas estaban defendidas por buenas obras de fortificacion.—En la de San Antonio había seis piezas de artillería de grueso calibre, y cuatro menores en la fortificacion de la calzada. Mandaba el punto el general D. Mariano Martinez.

La garita del Niño Perdido estaba enlazada con la de San Antonio, había en sus fortificaciones dos piezas de campaña, y estaba custodiada por los cuerpos de Guardia Nacional.

La línea de la garita de San Cosme á Santo Tomas estaba encargada al general D. Joaquin Rangel, quien la cubrió con su brigada y dos piezas de artillería de á doce y de á ocho.—En la mañana del 13 se reforzó con un obus de á veinticuatro.

En la garita de Belen había una pieza de á ocho, y por la otra parte de los arcos dos del calibre de seis y ocho.—El general Terrés estaba encargado de ese punto, y era su segundo el coronel D. Guadalupe Perdigon Garay.

En las garitas de San Lázaro, Guadalupe y Vallejo, se habían dejado solamente unos pequeños destacamentos de infantería sin artillería alguna.

La caballería permanecía en el rumbo de Tacubaya y hacienda de los Morales, y era frecuente que entrara el todo ó parte de ella en la ciudad.

Existía además una pieza de artillería en la fuente de la Victoria en el paseo de Bucareli, y otra en la calzada que va del mismo paseo á la arquería y convento de San Fernando.

El general Santa-Anna distribuyó las fuerzas disponibles en los puntos que se creía serían atacados, variando á cada momento la situacion de los cuerpos, y quedándose siempre con una fuerza de reserva para enviarla ó acudir en persona con ella al punto donde fuese necesario.

Esta era, pues, en resúmen, la situacion que guardaban los dos ejércitos.—Vamos á ocuparnos de los acontecimientos de guerra que siguieron.

El dia 11 el general Santa-Anna pasó una revista á una parte de



la infantería en un lugar situado entre las calzadas de la Candelaria y San Antonio, en conmemoracion del triunfo obtenido sobre los españoles en Tampico, y el general Tornel repartió una proclama análoga y propia para entusiasmar á los defensores de México—Los honores militares que se tributaron á Santa-Anna, los vivas y las músicas dieron á este acto una solemnidad marcial. Concluido él, las tropas se retiraron á sus cuarteles.

Creendo el general Santa-Anna de pronto, que los enemigos trataban de atacar la garita del Niño Perdido, salió en persona á la cabeza de un trozo de caballería y una guerrilla de veinticinco infantes, mandada por el coronel Martinez, y practicó un reconocimiento hasta un punto muy cercano á la ermita donde estaban situadas las baterías enemigas, que arrojaron inmediatamente algunas balas y granadas.—El general Santa-Anna se retiró, y por aquel dia no pasó ya cosa digna de llamar la atencion.

El dia 12, al amanecer, la batería enemiga situada en la ermita, rompió sus fuegos sobre la garita del Niño Perdido, sin mas objeto, segun hemos podido deducir de los documentos publicados por los gefes americanos, que llamar la atencion y poder acabar de situar perfectamente la artillería que debia batir á Chapultepec, en los lugares que ya hemos indicado.

En efecto, á pocos momentos comenzaron estas baterías á hacer fuego sobre Chapultepec. Al principio no causaron ningun estrago; pero rectificadas las punterías, las paredes del edificio comenzaron á ser clareadas por las balas en todas direcciones, experimentándose tambien grandes estragos en los techos, causados por las bombas que arrojaba el mortero que, segun hemos referido, estaba oculto en un patio de los edificios del Molino. La artillería de Chapultepec contestó el fuego con mucha precision y acierto: los ingenieros trabajaban incansablemente en reparar los estragos de los proyectiles enemigos, y la tropa, sentada detras de los parapetos, sufría esta lluvia de balas. Los inteligentes en el arte militar juzgan que la tropa pudo haberse colocado al pié del cerro, para evitar inútiles desgracias, dejando solo en el edificio á los artilleros é ingenieros necesarios.—Esto no se hizo, y los cascos de las bombas y balas huecas mataron é hirieron á muchos soldados, que no tuvieron ni aun el gusto de disparar sus fusiles.

El general Santa-Anna se hallaba en una calzada entre las garitas de San Antonio y Candelaria cuando comenzó el bombardeo de Chapultepec, sin que tampoco cesara la actividad de las baterías de la ermita. Despues de haber recibido y hablado con un ayudante del general Bravo, marchó por la Viga, tomó las cereanías de la Ciudadela, y allí se puso á la cabeza de la reserva, compuesta de las brigadas Lombardini y Rangel, que tendrian las dos cosa de cinco mil hombres.

El general Santa-Anna ordenó que en el puente llamado de Chapultepec se colocara al batallon de Matamoros, de Morelia, y á la izquierda el de San Blas. El resto de la reserva quedó en la arquería. Escepto una escaramuza sostenida por unas compañías del batallon de San Blas con motivo de impedir que el enemigo construyera una batería en el rancho avanzado de la Condesa, y algunos tiros de cañon cambiados entre el hornabeque y la batería enemiga, las tropas estuvieron durante la mañana en completa inaccion, sufriendo los estragos que causaban en ellas las balas del enemigo, y manifestándose serenas para recibir la muerte, y prontas para entrar en el combate.—El lector, por la simple narracion de los hechos, pensará como nosotros, que para los grandes conflictos y para los grandes acontecimientos de la vida, se necesita una cabeza creadora, organizadora, directora. Todas nuestras operaciones en esta guerra se han resentido de esta falta, que á veces ha refluído esclusivamente en contra de los infelices soldados y de los buenos y honrados oficiales.

Las baterías enemigas continuaron el fuego con el mayor vigor, y éste era tan intenso, que á las doce del dia, entrando el general Santa-Anna á Chapultepec y hasta el pié de la calzada para observar mejor los efectos del fuego, previno no lo acompañase ninguno de sus ayudantes, y solo lo siguieron D. Antonio Haro y el coronel Carrasco, el cual subió á dejar al general Bravo el parque de fusil que estaba detenido, porque los enemigos impedían con el fuego la comunicacion por la calzada. Cuando este oficial se presentó, el general Bravo estaba almorzando con la mayor serenidad, y las balas y bombas hacían crujir á su alrededor las paredes y blindages.

El Lic. Lazo Estrada y otros oficiales que acompañaban al general Bravo, daban tambien á la tropa el mas bello ejemplo de valor,